

La izquierda y la organización sindical en el lugar de trabajo, 1920-1940

Diego Ceruso

UBA

Desde los inicios de la década del 20, la Argentina inició una paulatina diversificación de su matriz productiva dentro del marco general de un capitalismo agroexportador. El aumento de la participación de la industria en la economía se potenció en la década siguiente con la sustitución de importaciones. Esto implicó un crecimiento cuantitativo de los trabajadores en ese sector y un impacto en un movimiento obrero que venía ganando posiciones e influencia en la vida política. A la incidencia inicial del anarquismo y el socialismo en el mundo sindical, se sumó a principios de siglo XX la del sindicalismo revolucionario y más adelante el comunismo. Con sus especificidades, estas corrientes de izquierda advirtieron la necesidad de intervenir en el plano gremial y establecieron vínculos con los trabajadores. En este lapso de veinte años, el heterogéneo espacio de la izquierda ejerció la hegemonía en la clase obrera y sus organizaciones construyendo, con vaivenes, una fuerza política relevante. La trama organizativa construida en este periodo fue compleja y el terreno que permite dilucidarla aún es vasto.

En particular, dirigimos nuestra atención sobre un aspecto del mundo del trabajo en este periodo. El sindicalismo argentino ha sido destacado por numerosas variables a lo largo del tiempo. Una de ellas fue la capacidad que obtuvo de ramificarse hasta las fábricas y empresas generando estructuras en los sitios de producción que fomentaron la afiliación, posibilitaron un control de las condiciones de trabajo, vincularon a las dirigencias con las bases, entre otras características. Este rasgo atípico resulta central para explicar su solidez a lo largo del siglo XX y, generalmente, fue abordado exclusivamente a través del desempeño de las comisiones internas. La idea que estas instancias fueron consecuencia de la imposición del modelo sindical peronista (Doyon, 1984 y 2006) ha sido matizada por estudios recientes que mostraron su funcionamiento durante la segunda mitad de la década infame (Ceruso, 2010). Nuestra intención en este artículo es comenzar a recorrer el camino que permita

reconstruir la experiencia sindical en los lugares de trabajo entre 1920 y 1930 y, de este modo, enriquecer la mirada del proceso histórico. Para ello, en primer lugar, elaboramos un balance historiográfico sobre la actualidad del campo de estudio propuesto. Luego, reflexionamos sobre algunas líneas de interpretación que se encuentran en desarrollo y que guían nuestro proceso de investigación. A partir de ello, buscamos observar y analizar, entre otras cuestiones, las modalidades de la actividad de base en las fábricas, las estructuras impulsadas y la influencia de las corrientes políticas.

Nuestro interés radica en dar cuenta de instancias colectivas de organización de los trabajadores. Esto es, estructuras prioritariamente ligadas a los sindicatos, compuestas por un conjunto de obreros y ancladas en el establecimiento laboral. El trabajo de base al cual nos referimos implica rastrear no sólo la acción obrera en el sitio de producción sino investigar la creación, el desarrollo y el funcionamiento efectivo, y extendido en el tiempo, de organismos de representación sindical del proletariado.

Nos circunscribimos al estudio del desempeño del movimiento obrero en las décadas del 20 y del 30 en la Capital Federal y sus alrededores. La prioridad recae en los gremios industriales aunque, tangencialmente, referimos a los sectores de transportes y servicios. La perspectiva seleccionada supone reducir la escala de análisis y allí radica su fortaleza y debilidad simultáneamente. Por un lado, enriquece la mirada ahondando en una dinámica de organización escasamente trabajada para la época. Por el otro, este enfoque inhibe las generalizaciones ya que limita la mirada sobre un aspecto específico y particular del campo sindical. Entendemos que en este período se produjo una irrupción del trabajo de base en la industria. Esto no quiere decir que haya sido el comienzo de este tipo de prácticas. Pero las diversas corrientes políticas con presencia entre los trabajadores de la época advirtieron (más tarde o más temprano) que obtener o solidificar la presencia en los lugares de trabajo sería un elemento de importancia para ganar o conservar cierta influencia. Iniciamos nuestro estudio en los años 20 ya que a partir de allí se evidenció la tendencia de la industria a preponderar en la estructura económica y finalizamos con el gobierno militar que en su desarrollo posterior daría lugar a la aparición del modelo sindical peronista. El golpe de Estado de 1943 constituyó un jalón que redefinió el mundo del trabajo y, más allá de las continuidades existentes con la experiencia previa, una de sus consecuencias fue el hecho que las corrientes de izquierda perdieron influencia.

El trabajo de base en la historiografía argentina

Encaramos prioritariamente los estudios que, aunque exceden nuestro marco temporal, estudiaron el desarrollo del movimiento obrero en el sitio laboral y comparten nuestra perspectiva analítica. Las investigaciones del período, en su gran mayoría, no abordaron la organización en el lugar de trabajo pero constituyen aportes indirectos.

Inicialmente, la historia de los trabajadores fue narrada por sus protagonistas. Estas producciones, denominadas “militantes”, fueron escritas por referentes de cada una de las corrientes políticas. Concebidas como una suerte de “historias oficiales”, caen en omisiones y se caracterizan por su ausencia de reflexión y autocrítica. Pero este sesgo no debe impedir reconocer el esfuerzo por recopilar documentos y enumerar huelgas, luchas y conflictos que otros textos obvian deliberadamente. En esta misma línea inscribimos a las memorias, autobiografías y biografías obreras. Se caracterizan por el tono autocomplaciente pero ingresan en ámbitos, como el lugar de trabajo o la percepción de los trabajadores, en los cuales resulta difícil acceder. Injustamente criticados por estar subordinados al plano político, estos escritos son de consulta inevitable.

Nicolás Inígo Carrera (2000) estudió la huelga general de enero de 1936. Su investigación enfocó la lucha de los trabajadores ya que, a partir del ordenamiento de los enfrentamientos, se podría determinar la “estrategia de la clase obrera”. A través de una investigación minuciosa y documentada, observa la influencia de la izquierda superando la mera reproducción de las posiciones institucionales (sindicales o políticas) y reconstruye la dinámica obrera en los barrios de la Capital Federal aunque sin reparar en el sitio laboral puntualmente. En la misma línea de interpretación se encuentra la tesis doctoral de Roberto Tarditti (2009) sobre los obreros de los frigoríficos. Si bien no tiene como eje la observación de estructuras sindicales en los lugares de trabajo, su escala de análisis permite acceder al desempeño del proletariado de la carne en la planta industrial frigorífica de Avellaneda en la coyuntura huelguística iniciada en 1917. La importancia de su investigación radica en el estudio estructural de la rama y el de los trabajadores aunque subestima la influencia que tuvieron las corrientes político-ideológicas del movimiento obrero sobre el proceso. Juzgamos indispensable mensurar el peso y la particularidad de cada una de las corrientes en el campo gremial y el impacto de ello en las características, formas de organización, estrategias, tácticas, etc.

Hernán Camarero (2007) investigó el desenvolvimiento del Partido Comunista (PC) en el mundo del trabajo durante las décadas del veinte y treinta. En su intención de dar cuenta de la estrategia partidaria,

abordó las políticas gremiales de base y, en particular, la estructura celular impulsada. La descripción pormenorizada del trabajo cotidiano de las células fabriles, sumado a los comités de fábrica y lucha, convierten a este estudio en uno de los pocos en el que confluyen la perspectiva de análisis y el período encarado en este artículo. En la misma dirección, nuestra investigación sobre la segunda mitad de la década infame colaboró en identificar la presencia de comisiones internas en los sindicatos industriales más importantes (Ceruso, 2010). Allí destacamos que en los gremios conducidos o codirigidos por los comunistas (textiles, construcción y metalúrgicos) existió un entramado organizativo en donde las comités sindicales en los lugares de trabajo ocuparon un lugar trascendente. Esto nos permitió desacoplar el surgimiento de las comisiones internas de fábrica de la instauración del modelo sindical peronista (Doyon, 1984: 210-212 y 2006: 289-290). Algunos autores ayudaron a cimentar este enfoque fechando la aparición de la representación sindical en los establecimientos laborales con posterioridad a 1946 (James, 1981: 333 y Basualdo, 2008: 5). Esta extendida visión adjudicó al sindicalismo peronista una originalidad que, al menos en este aspecto, no tuvo.

El estudio de Mirta Lobato (2001) permitió dar cuenta de la labor de los obreros de frigorífico en Berisso. A través de fuentes empresariales y orales, prioritariamente, logró narrar la experiencia al nivel de las fábricas y mostrar los cambios estructurales y políticos internos en un período de tiempo extendido. Su investigación registró las tensiones de género y étnicas en los sitios de producción aunque tiende a mostrar estas dimensiones como aspectos escindidos del carácter de clase. De este modo, la clase obrera parece constituirse en una categoría subsidiaria de otras identidades: “la condición de trabajador estaba en la base de la conformación del ciudadano” (Lobato, 2002: 215).

Victoria Basualdo (2010) estudió las fábricas Acindar y Alpargatas entre 1943 y 1983 mostrando la complejidad de la representación obrera al nivel de planta. La investigación recorre diferentes niveles de análisis a través del funcionamiento de las comisiones internas: las repercusiones de las transformaciones estructurales, las relaciones entre capital y trabajo, las tensiones políticas al interior de la base obrera, la vinculación con el sindicato nacional, el modo en que los procesos políticos nacionales se plasmaban, entre otros. Con un peso mayor en lo descriptivo que en lo analítico, la investigación avanza con un eje articulador en la relación entre las corrientes “conciliadora” y “combativa” (así decide denominarlas Basualdo en referencia a su estrategia frente al capital) a la luz de los estudios de caso. La reciente tesis doctoral de Marcos Schiavi (2012) posibilitó un conocimiento más profundo de las comisiones internas durante los dos primeros gobiernos peronistas. Allí,

entre otros valores, logra matizar otra idea largamente afincada acerca de las funciones y la reglamentación. Nuevamente, fueron Doyon (1984 y 2006: 289-290) y James quienes impulsaron esta idea ligada a la ausencia de regulaciones: “no existía en los contratos ninguna especificación detallada concerniente a la índole de la representación sindical, sus formas o sus poderes” (James, 1981: 334). Schiavi expuso los intentos sistemáticos entre los metalúrgicos y los textiles por definir los alcances, los roles y la especificidad de las comisiones internas. Además, enlazó el desempeño de estas instancias de base con las tensiones con la patronal, la dirigencia sindical y el Estado junto a la resistencia frente a la racionalización. Esto último permitió, junto a otros estudios (Izquierdo, 2008), desacoplar la asociación exclusiva de los planes de productividad al proceso post 1955 y ligarlos también al período previo.

El renombrado estudio de Daniel James (1990) aunque se enmarcó entre las décadas de 1940 y 1970 hizo especial foco en el período de proscripción del peronismo. La investigación desconoce la tradición organizativa de la clase obrera al punto de considerar que “en un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón” (James, 1990: 56). Para nuestros intereses, su principal aporte fue el análisis del rol de las comisiones internas frente al avance racionalizador y productivista de la burguesía argentina. A partir de la fábrica, pero incluyendo ámbitos que le permitieron reparar en elementos de la identidad cultural peronista, la investigación constituyó un partearguas en los estudios obreros por su perspectiva analítica y su heurística. El historiador británico realizó una mayor contribución en la observación del rol de las instancias de base en su relación con el capital que en su vinculación con las cúpulas gremiales. Asimismo, subvaloró la presencia de las fuerzas políticas de izquierda en el proceso histórico. En este sentido, resulta pertinente destacar a Alejandro Schneider (2005) ya que exhibió la presencia de la izquierda en las fábricas y empresas. Su libro también colaboró en matizar las visiones sobre la renovación de la dirigencia sindical durante la autodenominada Revolución Libertadora y la ausencia de conflictividad obrera con posterioridad a 1959.

Los trabajos de James Brennan y Mónica Gordillo sobre el movimiento obrero cordobés colocaron en un lugar central el rol de las bases. El libro conjunto de estos autores (2008) sintetizó de modo general las argumentaciones que habían elaborado por separado. Con eje, no exclusivo, en los sindicatos de la industria automotriz y de mecánicos su preocupación fue ahondar sobre el clasismo, el Cordobazo y la singularidad del proletariado cordobés. Si bien no reconstruyeron específicamente el desempeño de las comisiones internas, sus estudios indudablemente ayudaron a comprender la dinámica de la base obrera tanto estructural como políticamente. Los planteos más discutibles de estos autores son

aquellos que señalan que la elección por parte de los obreros de las direcciones sindicales clasistas no implicó una adscripción a los preceptos de la izquierda ya que lo hicieron por motivos “culturales” o por principios de “honestidad y eficiencia”. Según estos autores, cuando las bases eligieron dirigencias clasistas lo hicieron conservando su identidad peronista pero priorizando la decencia, honestidad, etc.; mientras que cuando designaron conducciones peronistas expresaban su conciencia. Este tipo de razonamiento contiene el peligro de considerar a la clase obrera ontológicamente reformista.

Para los años 70 sobresalen dos investigaciones publicadas en los últimos años. El trabajo de Werner y Aguirre (2009) encaró el ciclo abierto por el Cordobazo, los conflictos huelguísticos en torno al Pacto Social impulsado por el tercer gobierno peronista y las “Jornadas de junio y julio de 1975” a la luz del accionar de las coordinadoras interfabriles de Capital Federal y el Gran Buenos Aires nutridas por las comisiones internas y cuerpos de delegados. El estudio pretendió, además, realizar un balance de la izquierda en la lucha de clases de la década de 1970 y el rol de los organismos de base en dicho proceso. La misma coyuntura afrontó Hector Löbbe (2009) pero haciendo eje en la Coordinadora Interfabril de la Zona Norte del Gran Buenos Aires de la que concienzudamente detalló sus antecedentes, la composición social y sus luchas. Ambas obras conceptúan a las coordinadoras interfabriles en tanto sus potencialidades políticas y allí resultan importantes, por su empatía, las referencias a los análisis de Antonio Gramsci sobre los consejos obreros y de Adolfo Gilly para el caso argentino (Gilly, 1980 y 1986). Las dos investigaciones tienen el valor de ponderar el rol de la izquierda en el proceso de luchas de la época, camino señalado previamente por Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (2000), entre otros.

Para este período también se encuentra el análisis sobre las luchas de los obreros metalúrgicos en la ciudad de Villa Constitución, provincia de Santa Fe (Andújar y Santella, 2007). En este trabajo, la mirada general sobre el proceso incluye a las comisiones internas y cuerpos delegados que desempeñaron un significativo rol. Federico Lorenz (2006) narró la historia de los obreros de Astarsa, principal astillero de San Fernando y Tigre. Sobre la base de entrevistas, el trabajo recorre los años 70 acercándonos a la complejidad de las relaciones entre trabajadores de base, estructuras sindicales y organizaciones político-armadas. Específicamente sobre la última dictadura militar y la organización gremial en la fábrica vale destacar la obra de Pablo Pozzi (1988). Esta investigación permitió otorgarle un rol activo a los trabajadores y sus luchas frente a la pasividad con la que la historiografía había caracterizado al proletariado hasta ese momento. Pozzi reflejó el accionar de las comisiones internas y los cuerpos de delegados de diversos gremios en un contexto

de avance de la burguesía sobre las condiciones de trabajo. Más allá de las conclusiones del autor sobre el balance del período, nos interesa destacar la resistencia desde la organización de base al “Proceso de Reorganización Nacional”.

No debe extrañar que la producción con eje en la organización en el lugar de trabajo sea más nutrida en referencia a los años setenta ya que el activismo obrero en las fábricas se desarrolló en estrecha relación con el surgimiento del clasismo, la lucha contra la burocratización sindical y la radicalización del proceso histórico.

Desde hace algunos años, luego de la ofensiva del capital durante la década de 1990, la organización sindical asistió a un fortalecimiento con la particularidad que implicó la revitalización de las bases obreras. Algunos estudios repararon en el análisis de esta dinámica gremial con epicentro en los lugares de trabajo (Montes Cató y Ventrici, 2010; Varela, 2009; Lenguita, 2009; AAVV, 2002). El protagonismo de los cuerpos de delegados y comisiones internas en este contexto formó parte de un posicionamiento frente al avance patronal, constituyó una estrategia para conquistar y defender derechos laborales y, en algunos casos, representó un cuestionamiento a cúpulas sindicales que se vieron amenazadas. La emergencia de este proceso, aún en marcha, impulsó investigaciones que emparentaron el activismo en la fábrica con las luchas ocurridas en los barrios y en las calles en el período previo. También evidenciaron el modo en que las nuevas identidades y formas de organización surgidas al calor de la crisis del 2001 se oponían, y efectivamente chocaron, a las rígidas y burocratizadas estructuras de larga data del sindicalismo argentino.

Este somero repaso abarcó los estudios más representativos que hicieron foco en el trabajo de base del movimiento obrero en la Argentina aunque los aportes no se resumen a los textos mencionados. Sólo pretendemos dar cuenta del estado general de la historiografía y enunciar las principales contribuciones para quienes estudiamos a los trabajadores con la intención de reducir la escala de análisis y observar su desempeño en el sitio de producción.

Las corrientes políticas y la organización del sitio laboral

Desde principios del siglo XX, y quizá con anterioridad, pueden encontrarse menciones de la existencia del delegado gremial en el lugar de trabajo en la Argentina aunque esta situación permanece en gran parte inexplorada por la historiografía. Como nuestra prioridad es reflexionar acerca de las estructuras colectivas de representación en las plantas industriales, la década del veinte se presenta como el momento

en donde los primeros síntomas de organización de esta índole se hicieron evidentes.

Ya ha sido señalada la fase ascendente del movimiento obrero a partir de 1917 destacando la apertura de un ciclo huelguístico de gran envergadura. La novedad de esta nueva etapa de conflictividad fue el dinamismo en el proceso de organización y confrontación de los gremios industriales. En este sector se sucedieron una serie de huelgas de gran repercusión: entre 1917 y 1918 los obreros frigoríficos produjeron violentos conflictos en Zárate, Berisso y Avellaneda; la huelga metalúrgica de 1919 iniciada en los talleres Vasena; en 1918 existieron diferentes huelgas de magnitud en la provincia de Córdoba en los gremios del calzado, gráficos, madera y construcción; entre otras. En este escenario, el comunismo, el *sindicalismo*, el anarquismo y el socialismo encararon el trabajo gremial con particularidades y desarrollaron políticas específicas que repercutieron en la perspectiva de análisis que proponemos.

En el sector de transportes y servicios, se puede registrar la existencia de organizaciones de base como las comisiones de reclamos ferroviarias o los denominados consejos de personal entre los trabajadores de las empresas Harrods y Gath y Chaves. El caso de los empleados de comercio de estas empresas se destaca porque en marzo de 1921 designaron un consejo de personal en el cual sorprende la claridad de la definición de las funciones, roles, designaciones, presencia de cargos renovables y cupo femenino, entre algunas de sus características.¹ También vale aclarar que existió un acuerdo con las empresas para la constitución de este consejo y, precisamente, este elemento es el que denota suspicacias ya que la política de conformación de estructuras sindicales “amarillas” era una táctica patronal extendida. Asimismo, en diciembre de 1917 una comisión de 28 miembros (dos por sección) inició las primeras gestiones del pliego de condiciones con la patronal en los talleres de la metalúrgica Vasena a un año del inicio del conflicto que desembocó en la denominada Semana Trágica. Pero, en este caso, sólo se formó para la negociación específica y no podemos registrar su permanencia en el tiempo.

El cierre del ciclo de huelgas en 1921-1922 dejó una central obrera, la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) IX Congreso, bajo conducción del *sindicalismo* pero con serias disputas internas con el socialismo y el comunismo. Reconvertida en Unión Sindical Argentina (USA) en 1922, su orientación *sindicalista* se acentuó con el correr de los años. Durante la década del veinte no se vislumbra una política de parte

1. Departamento Nacional del Trabajo, *Crónica mensual 1918-1922*, Año IV, N° 42, junio de 1921, pp. 679-681.

de esta corriente política de impulso al trabajo de base en los gremios de su influencia aunque resta profundizar acerca de su labor en transportes y servicios. Existió alguna preocupación en el Sindicato Obrero de la Industria del Mueble, uno de los más importantes de la USA, por organizar a los trabajadores en los talleres a través del nombramiento de delegados e incluso la aspiración de conformar estructuras colectivas. Pero esto no constituyó en ningún caso una política sistemática. La fragmentación política del mundo obrero, junto a la endeblez programática del *sindicalismo*, permitió la aparición de numerosos grupos al interior de la USA que enarbolaron propuestas para obtener mayor presencia en la industria e insertarse en los sitios de trabajo.

El heterogéneo campo del anarquismo durante los años 20 tuvo entre sus filas a una agrupación específica conformada en enero de 1923. La Alianza Libertaria Argentina (ALA) fue fundada por un núcleo de anarco-bolcheviques convencidos de la necesidad de construir una estructura al margen de la FORA V Congreso. La ALA editó el periódico *El Libertario. Decenario Anarquista* del cual se publicaron 109 números hasta 1932. Al año de su aparición, el núcleo principal aliancista inició su viraje ideológico al anarco-sindicalismo (hecho que conllevó una escisión para 1925). Uno de sus objetivos principales fue actuar al interior de la USA para conformarse en su vanguardia hacia posiciones revolucionarias. Entre sus principales integrantes se encontraban Enrique García Thomas, Juan Lazarte y Sebastián Ferrer, entre otros (para un desarrollo pormenorizado de este grupo ver: Doeswijk, 1998). La ALA postulaba entre sus principios “propagar los sindicatos de industria, los consejos de fábrica, aconsejando el uso de las armas de la acción directa, prefiriendo las acciones de conjunto para la obra revolucionaria del anarquismo”.² En la práctica, se fusionó con la USA pero no queremos dejar de señalar la existencia programática de una corriente al interior del *sindicalismo* (o anarco-sindicalismo) que propugnaba la necesidad de insertarse en los sitios de producción. La ALA fue, quizá, el único sector dentro de esta corriente que propició, al menos en sus inicios, una política específica con la base trabajadora.

Luego de 1930, y tras la creación de la Confederación General del Trabajo (CGT), tampoco se desplegaron esfuerzos organizativos en los lugares de trabajo. Hacia 1937, en la reflatada y debilitada USA, los *sindicalistas* impulsaron la creación de instancias de base en la industria del tabaco. Aunque en este sector minoritario de la economía,

2. Enrique García Thomas, *Comentarios a la Primera Conferencia Regional de la Alianza Libertaria Argentina*, Ediciones de la Agrupación Libertaria “El Trabajo”, ALA, volumen I, 1924.

existieron con cierta regularidad comisiones internas, en particular en la fábrica Piccardo.

Además de la escasa presencia en los sectores industriales, existieron otras razones que provocaron la pérdida de influencia entre los obreros. Cabe preguntarse si la escasa presencia en los lugares de trabajo no debilitó las posiciones de esta corriente. Más allá de conducir la CGT desde su creación hasta 1935 no imprimió a su práctica un interés por la conformación de instancias de base como modo de solidificar posiciones. Al menos desde nuestra perspectiva de análisis, el *sindicalismo* pareció una expresión gremial de cúpulas y esto se evidenció con mayor claridad en la década del treinta.

Indudablemente el Partido Socialista (PS) constituyó un factor determinante en la vida política y cultural argentina desde finales del siglo XIX. La cuestión a tratar sigue siendo la incapacidad (¿desinterés?) de elaborar una estrategia definida, homogénea y consecuente en el mundo sindical (Camarero, 2005). Desde su fundación, el PS mostró, aunque con debate interno, su voluntad de escindir la política gremial de la partidaria. En la práctica, esto implicó una predilección por la lucha electoral en detrimento de poseer una estrategia en el movimiento obrero. Esto dificultó su desarrollo uniforme en el mundo del trabajo. La autonomía de las dirigencias sindicales entre sí y respecto del Partido dificultó durante este período el grado de coordinación de las fuerzas socialistas. En consecuencia, en el socialismo existió una ausencia notoria de un programa respecto a los trabajadores. Los intentos por reconciliar el plano político y sindical finalizaron con choques con la estructura partidaria, este fue el caso del Comité Socialista de Información Gremial, o con rupturas, tal fue el caso del Partido Socialista Obrero (PSO), por mencionar algunos.

Más allá de esta cuestión, en algunos sindicatos dirigidos por socialistas existieron experiencias de militancia en los lugares de trabajo. Enrique del Valle Iberlucea señalaba la necesidad de fomentar estructuras de control de la producción en el régimen capitalista que sirvieran como cimientos de la sociedad futura.³ Desde los inicios de la década del veinte el proyecto con mayor definición fue el de la industria del calzado. En el periódico del sindicato socialista pueden observarse los intentos por conformar los consejos obreros en la fábrica. En un primer lugar cumplirían funciones de vigilancia y mejoramiento de condiciones de trabajo aunque se vislumbraba la necesidad que se prepararan para ejercer el control de la producción. Algunas de las funciones que se

3. Enrique Del Valle Iberlucea, "La doctrina socialista y los consejos obreros", Buenos Aires, Agencia Sudamericana de Libros, s/f, [c. 1920].

planteaban para estas instancias eran la representación proporcional, relación con el sindicato, composición por secciones y negociación con la patronal. Los consejos se impulsaron en las principales fábricas de calzado, con éxito dispar, pero no parecieron mantener la estabilidad. Durante la década de 1920, se conformaron efimeros consejos obreros en las empresas Bermolen y Noel y Gouvet pero, incluso durante los años treinta, el sindicato mayoritario de la industria intentaba obtener su funcionamiento efectivo y concreto. No se abandonó el reclamo por el control sindical en el sitio laboral pero con escasa capacidad de materializar la intención programática de modo extendido y duradero en el gremio. Casi como una excepción en los años 30 los trabajadores de Grimoldi nombraron un consejo de delegados. Los consejos obreros en la industria del calzado tuvieron presencia en los estatutos del sindicato pero no lograron plasmar en concreto su funcionamiento de modo amplio y sostenido en el tiempo.

Durante la primera mitad de la década de 1930 el sindicato socialista se denominó Federación Obrera Textil y luego de 1934 cambió su nombre por Unión Obrera Textil. En esos años se desarrolló un definido proceso de funcionamiento de comisiones internas en los lugares de trabajo. Especialmente en dos grandes empresas del barrio de Barracas, Salzmán y Piccaluga, los socialistas construyeron su base gremial e impulsaron el funcionamiento y reconocimiento de comisiones internas. Esto también se extendió a fábricas de menor dimensión como La Textilía, en la localidad de Quilmes, y tuvo presencia en los estatutos gremiales. Entre 1936 y 1939, los socialistas compartieron el sindicato con los comunistas. Más allá de las disputas entre ambos, durante esta breve unificación se registró una expansión y un desempeño cotidiano y efectivo de las comisiones internas en el gremio.

Un último caso por señalar es el del gremio gráfico. Con una tradición que se remonta a fines del siglo XIX constituyeron uno de los núcleos más organizados del movimiento obrero. A partir de su fundación en 1907, la Federación Gráfica Bonaerense (FGB) se estructuró como la institución más importante. Durante las décadas del 20 y del 30 casi la totalidad de las corrientes políticas tuvieron presencia en la FGB, en algunos años incluso la conducción sindical estuvo en manos del PSO, pero la mayoría socialista en el sindicato no se vio afectada de manera significativa. En la segunda mitad de los 30, las principales empresas gráficas contaban con comisiones internas de funcionamiento cotidiano, reconocido y extendido. Las fábricas Rosso, Fabril Financiera y Estampa (luego comentaremos que aquí parecieron influir los anarquistas), entre otras, contaban con su organización gremial de base.

Los casos de la industria del calzado, los textiles y los gráficos muestran el trabajo de base en los sindicatos socialistas pero por el momento

resulta apresurado concluir la existencia de una política sistemática de esta corriente en los gremios en los que tenían una influencia significativa. Sin desconocer los procesos mencionados, la disociación entre la política partidaria y la gremial junto a la escasa homogeneidad de la dinámica socialista en el movimiento obrero dificultan adjudicarle una estrategia específica generalizada en favor de la militancia en los sitios de producción. Más bien parecieron esfuerzos ligados y circunscriptos a cada uno de los sindicatos que una política partidaria de fomentar la organización en el sitio laboral. Quizá la carencia de una labor metódica y coordinada de esta fuerza sea la causa por la cual resulte dificultoso observar una regularidad en las experiencias narradas.

Luego de la represión de 1910 la situación para el anarquismo se fue agravando cada vez más. El avance del *sindicalismo* fue sólo uno de los motivos de su tendencial pérdida de influencia entre los trabajadores. Indudablemente también influyó la incapacidad de la institución más representativa de la corriente, la FORA V Congreso, de adaptarse a los cambios en el sistema productivo impuestos por la creciente relevancia de la industria en los años veinte. Esta inadecuación forista abrió paso para el surgimiento de nuevas propuestas dentro del anarquismo. Ya mencionamos el caso de la ALA que, surgida desde el anarquismo, planteó su accionar dentro de la USA dado su rechazo a las prácticas de la FORA. En la década infame existieron dos propuestas alternativas dentro del anarquismo: la Alianza Obrera Spartacus (AOS) y la Federación Anarco Comunista Argentina (FACA). La FACA surgió oficialmente a fines de 1935 aunque su desempeño debe enlazarse a la creación del Comité Regional de Relaciones Anarquistas durante 1932 que fue la estructura que la precedió e inspiró. Presumiblemente la AOS se conformó durante 1934 y entre sus fundadores y militantes más destacados se encontraba Horacio Badaraco. El punto de partida en el que confluyeron ambas organizaciones fue que estimaron caducos ciertos principios "clásicos" del anarquismo argentino. Nuevas lecturas sobre la realidad argentina les permitieron desechar la organización por oficios e impulsar los sindicatos por rama. También consideraron que el nuevo escenario industrial había convertido a la fábrica en un lugar central. La concentración en grandes establecimientos colaboró para que estos grupos optaran por focalizar los esfuerzos en obtener representación al nivel de las fábricas, empresas y talleres. En la misma dirección, tanto la AOS como la FACA extendieron su acción sindical más allá de los sindicatos anarquistas.

La FACA estimuló el trabajo fabril como consecuencia, en parte, del cierre de los locales sindicales luego del golpe de Estado de 1930 y tuvo incidencia en algunos gremios de la construcción, los gráficos, ferroviarios, industria del pescado, entre otros. Por ejemplo, la rama juvenil de

la FACA, las Juventudes Libertarias, tuvo injerencia en la conformación del Sindicato Obrero de la Industria del Pescado en la ciudad de Mar del Plata en donde fomentaron la creación de comisiones de control en las fábricas (Nieto, 2011). Asimismo, los fauquistas integraron hacia 1943 una corriente en la FGB que se denominó Agrupación Sindical Gráfica desde la cual incentivaron el desarrollo de las comisiones internas. En particular, en la ya mencionada instancia de base de la fábrica Estampa cumplieron un rol destacado los hermanos Fernando y Floreal Quesada junto a Luis Danussi, todos ellos integrantes de la FACA. En cambio, la AOS arribó al convencimiento de priorizar la militancia de base como consecuencia de la formulación de lo que denominaron “Pacto Obrero”. A grandes rasgos, la propuesta giraba en torno a establecer relaciones entre las diferentes corrientes de la izquierda con presencia gremial para construir nexos organizativos que permitieran a cada uno de los grupos mantener su estructura compartiendo información, programas y apoyos con el resto. El lugar de trabajo era el corazón del “Pacto Obrero” y para concretarlo había que procurar afianzarse sindicalmente en todos los sitios de producción. Spartacus tuvo presencia en algunos sectores pero fue en el gremio de pintores en donde logró construir una mayoría que le permitió concretar comisiones de fábrica en las principales empresas.

La FACA sostenía que la tarea gremial debía realizarse en la clandestinidad dado que el movimiento obrero había sido colocado en dicha situación. Se referían tanto a la ilegalidad formal como a la represión en tiempos de supuesta normalidad constitucional. Spartacus rechazó esta postura por considerar que debilitaba la organización obrera y, en contraposición, estimuló la búsqueda de espacios de legalidad en coyunturas favorables. Pero, además, el diagnóstico sobre la necesidad de organizar a los trabajadores en las grandes fábricas sobrellevó la dificultad de toparse con la presencia nutrida y activa de los comunistas en los principales gremios. Spartacus fomentó el trabajo mancomunado mientras que la FACA cuestionó los métodos comunistas por centralistas y reformistas. Estas corrientes lograron desandar gran parte de las inadecuaciones foristas pero, al mismo tiempo, chocaron con la presencia comunista, mucho más gravitante, que había construido durante la década previa una experiencia en los gremios industriales con una política que incluía, entre otros puntos, desarrollar un entramado organizativo en la base obrera.

Hernán Camarero (2007) ha destacado que los primeros años del PC en la Argentina estuvieron caracterizados por una débil relación con el movimiento obrero. Esos lazos frágiles comenzaron a revertirse a mediados de la década del veinte con la estrategia de “proletarización” y “bolchevización” que los llevó a priorizar el trabajo en los gremios industriales en donde existían peores condiciones laborales y mayor

debilidad organizativa. En lo que a nosotros nos concierne, este cambio implicó la conformación de sindicatos únicos por rama industrial y la implantación de células partidarias junto a comités de fábrica y lucha con la intención de obtener presencia en los sitios de producción. Este interés específico por la militancia en el lugar de trabajo impulsó a los comunistas en la segunda mitad de los años 30 a promover las comisiones internas de fábrica en los principales sindicatos industriales (Ceruso, 2010). Pero no debemos olvidar que las células construidas por el comunismo durante la década de 1920 fueron estructuras exclusivamente partidarias. Asimismo, se encontraban ligadas al PC directamente y, generalmente, permanecían en la clandestinidad. Las comisiones internas no sólo permanecían visibles sino que buscaban ser reconocidas por la patronal y el Estado, y estaban compuestas por los obreros integrantes de la fábrica o empresa sin importar su pertenencia partidaria. Además, su relación estructural e institucional era con el sindicato. Los objetivos de las comisiones internas diferían de los de las células. Mientras que éstas tenían funciones ligadas a la inserción y consolidación partidaria en el ámbito gremial, las comisiones enfocaron su labor en las prácticas cotidianas relacionadas con las mejoras en las condiciones de trabajo. Nuestra creencia es que aún queda mucho por indagar acerca de estas modificaciones estratégicas en torno al trabajo de base de los comunistas.

Nos inclinamos a pensar que entre el trabajo de las células y el de las comisiones internas existió en los sindicatos comunistas una experiencia de base escasamente analizada. Desde finales de 1927, tras la definitiva supremacía de Stalin en las estructuras del comunismo soviético y de la Internacional Comunista se propició la idea de un cambio de etapa a nivel mundial ya que, superado el período de estabilidad, se iniciaba un “tercer período” de crisis final del capitalismo. En este marco, la colaboración del comunismo con las fuerzas socialdemócratas era inviable y se impuso la estrategia de clase contra clase que inhibió acuerdos con las fuerzas políticas “burguesas” y “reformistas”. Esta orientación sectaria y aislacionista conllevó la creación de “sindicatos revolucionarios” y dejó como única posibilidad de trabajo mancomunado la construcción del frente único por la base y con aquellos obreros que desconocieran a sus dirigencias ajenas a los preceptos del comunismo. Sostenemos que durante los primeros años de la década del 30, y frente al éxito de implantación celular previo, los comunistas impulsaron estructuras de trabajo de base en las fábricas y empresas que incluyeron la apertura a la participación del conjunto de los trabajadores. Asimismo, estas instancias de representación comenzaron a debilitar su vinculación directa con el PC para establecer lazos dentro de la estructura sindical prioritariamente. Denominadas de diversas maneras (comités de fábr-

cas, comités de empresas, grupos sindicales, secciones sindicales, entre otros), la mayoría de ellas cumplían la misma función y tenían similares características: eran estructuras en el lugar de trabajo que incluían a todos los obreros, ligadas orgánicamente al sindicato de industria, elegidas por los trabajadores, afincadas en las secciones internas de las fábricas, por mencionar algunas. Aunque esto no implicó el abandono total del trabajo en células.

Creemos que el comunismo gradualmente priorizó el trabajo de base en estructuras que incluyeron a todos los obreros de la fábrica y con vinculación dentro del sindicato. El desarrollo más extendido de esta experiencia se produjo en la construcción pero también en textiles, metalúrgicos, frigoríficos, madera e industria del vestido. Por ejemplo, en la preparación y el desarrollo del conflicto de la huelga de la carne de 1932 los comunistas enfatizaron la conformación de instancias gremiales en las secciones internas de las empresas. Esta tarea, aunque circunscripta a los frigoríficos Anglo y La Blanca de Avellaneda, evidenció un momento de transición en la estrategia comunista. El mismo proceso emprendió en 1934 la célula comunista de la metalúrgica Klockner cuando advirtió la necesidad de comenzar a publicar el periódico de empresa bajo la órbita del “grupo sindical” con la intención de incluir al resto de los trabajadores.⁴

En igual dirección pareció guiarse la experiencia de las escisiones del PC en este momento. El Partido Comunista Obrero, conocido como “chispismo”, tuvo en los últimos años de la década del veinte una incidencia limitada. También tuvo lugar la ruptura capitaneada por José Penelón que encarnó el Partido Comunista de la Región Argentina (luego de la República Argentina). Ambos casos, de modo restringido y circunscripto a la Capital Federal y sus alrededores, lograron incidir en ciertas fábricas textiles y metalúrgicas e impulsar una política de base similar a la descripta para el PC oficial.

En consecuencia, encontramos en el comunismo una política sistemática y específica de trabajo de base que se inició con las células, que luego de modo gradual y transicional se desplazó hacia estructuras más inclusivas como los comités de fábricas y secciones sindicales, para finalizar en el desarrollo e impulso de las comisiones internas fabriles. Puede observarse el modo en que un Partido sometido a los designios de Stalin y con políticas que fueron desde el sectarismo y aislacionismo al frentepopulismo sin escalas, desarrolló una política exitosa en términos de obtener mayor presencia en el movimiento obrero industrial

4. “Aclaración”, *Klockner* (“Órgano de los obreros del establecimiento metalúrgico Klockner S.A.”), núm. 9, abril de 1934, p. 3.

y desplegó una incesante labor al nivel de planta. Resulta imperioso distinguir entre una política gremial eficaz que, promovida de modo paulatino y perenne, le permitió al comunismo convertirse en dominante al interior del sindicalismo en el marco de un Partido sometido al arbitrio estratégico estalinista y con una estructura uniforme e inflexible. Ambas variables, la efectividad entre los trabajadores y el desvarío de la camarilla partidaria, deben converger en un análisis cabal acerca de su devenir.

Comentarios finales

Nos interesa dirigir nuestra atención hacia dos aspectos que se desprenden de este artículo. En primer lugar, hemos profundizado el conocimiento sobre la experiencia organizativa del movimiento obrero con anterioridad a la irrupción del modelo sindical peronista. En segundo término, destacamos la existencia de una multiplicidad de estructuras gremiales en el lugar de trabajo durante el período observado.

Las comisiones internas y los cuerpos de delegados tuvieron un rol destacado en el mundo del trabajo en la Argentina, principalmente en la segunda mitad del siglo XX. Ya sea en los primeros gobiernos peronistas, como núcleo de resistencia frente al avance productivista y racionalizador en la década de 1960 o como contrapeso del fenómeno burocrático en los setenta, su relevancia parece incuestionable. Pero esto no debe impedirnos reparar en la presencia de otras instancias previas. Durante las décadas del 20 y 30 funcionaron diversas estructuras en el sitio de producción: consejos obreros, células, grupos o secciones sindicales, comisiones internas y comités de fábricas. Entendemos que para la segunda mitad de la década infame la comisión interna primó dentro del campo sindical y ejerció distintas funciones: representación obrera frente a la patronal, vigilancia en los lugares de trabajo, control de las condiciones laborales, comunicación con el sindicato, organización y fomento de la afiliación sindical, entre otras características. En este momento, los trabajadores no parecieron impulsarlas con la intención de dotarlas de un cariz antiburocrático, como pudo generalizarse en la década de 1970 o en experiencias de la actualidad, aunque de manera marginal los anarquistas lo señalaron. Todavía debemos progresar en la investigación para desentrañar con mayor precisión este proceso pero indudablemente la organización en el lugar de trabajo durante estos veinte años no debe asociarse exclusivamente a las comisiones internas de fábrica.

Usualmente se afirmó que: "... la mayoría de los comités preperonistas no eran parte integrante de la estructura sindical y, de hecho, muchos fueron creados por la patronal para alentar «una conciencia de

comunidad de intereses» entre el patrón y sus obreros» (Doyon, 1984: 211). Nuestra investigación evidencia otra situación y se dirige en otro sentido ya que en varios gremios industriales las estructuras en el sitio de producción eran parte integrante del sindicato y fueron impulsadas por los obreros como mecanismos de representación. No observamos en los casos mencionados, de modo general y extendido como marcaba la historiadora canadiense, que las instancias hayan sido creadas por la patronal. Tampoco puede afirmarse que el modelo sindical peronista haya introducido las comisiones internas. En otros estudios lo habíamos descartado para el gremio de la construcción, los textiles y los metalúrgicos, y el avance de la investigación se encamina a considerar que, con posterioridad a mediados de los 30, también formaban parte de la estructura sindical de los gráficos, madereros, trabajadores del vestido y tabaco.

Señalar las continuidades no debe impedirnos marcar que luego del golpe de Estado de 1943 existieron cambios. En primer lugar, el apoyo de la Secretaría de Trabajo y Previsión a la organización de los trabajadores repercutió en las fábricas y empresas. Las comisiones internas se masificaron y consolidaron en esos años como una herramienta central para el cumplimiento de las normativas establecidas en los convenios colectivos. El Estado ya no se asociaba automáticamente a las políticas antisindicales de los empresarios y eso provocó un aumento en la cantidad de fábricas organizadas al nivel de planta. Pero no debemos generalizar el apoyo ya que durante el peronismo numerosas fuentes demuestran que la identificación política de sindicatos y comisiones internas determinaba si el Estado amparaba o reprimía sus prácticas. Además de lo cuantitativo existieron modificaciones cualitativas. Las comisiones afianzaron sus funciones y su nexos con el sindicato. Pero también se introdujeron cambios en sus actividades y se avanzó en su reglamentación. Por ejemplo, entre los metalúrgicos se buscó que controlaran aspectos del proceso productivo y ejercieran funciones de control disciplinario con sus compañeros. (Schiavi, 2012).

La tendencia a organizar el sitio de producción aumentó en un período en donde la gran industria predominó en el proceso de trabajo. La proliferación de grandes establecimientos estructuralmente favoreció la conformación en instancias colegiadas mientras que los pequeños y medianos talleres, dada la cantidad de obreros que ocupaban, tendían a encontrar la representación en la figura individual del delegado. Además, esto se enlazaba a la necesidad de superar la fragmentación interna en las fábricas provocada por la división en secciones y la consecuente desconexión entre los obreros; el ejemplo paradigmático era el frigorífico.

Los comunistas fueron los más dinámicos en desplegar estrategias

de organización que incluyeran la ramificación hasta las unidades de producción. Esto contribuyó, junto a otros factores, en su entronización como la fuerza política más dinámica en el sindicalismo en la segunda mitad de la década infame. En la misma línea, la carencia por parte de los *sindicalistas* de una política de este tipo coadyuvó a su gradual retracción en el mundo del trabajo. El caso de los socialistas se inscribe en su lógica difusa y sinuosa respecto del movimiento obrero. Señalamos que en algunos sindicatos socialistas existieron experiencias destacables pero no parecieron producto de una política específica partidaria sino, más bien, arrestos limitados a personajes o gremios puntuales. El caso del anarquismo navega entre las luchas intestinas de los años veinte y su esfuerzo por elaborar propuestas remozadas de cara al movimiento obrero en los treinta; todo enmarcado en su pérdida de influencia entre los trabajadores. Aunque es destacable que los grupos ácratas de la década de 1930 y los comunistas fueron los únicos en desarrollar, con distinto impacto, una política sindical sistemática para obtener presencia en el sitio laboral.

Indudablemente el panorama de la organización del trabajo de base se modificó luego del golpe de Estado de 1943. Pero el desempeño del movimiento obrero durante los veinte años previos dejó huellas que se retomarían con posterioridad. El modelo sindical peronista se cimentó sobre una nutrida y variada experiencia anterior. Con potencialidades y formas disímiles, las corrientes políticas con presencia en el campo gremial en las décadas del 20 y del 30 identificaron a la militancia de base como una herramienta para solidificar posiciones. La importancia que cada una le otorgó, y en el momento que lo hizo, influyó, junto con otros elementos, en la robustez de sus estructuras sindicales.

Bibliografía

- AA.VV. (2002), *De eso no se habla: organización y lucha en el lugar de trabajo*, Buenos Aires: Cuadernos del Taller de Estudios Laborales.
- Andújar, Andrea y Agustín Santella (2007), *El Perón de la fábrica éramos nosotros. Las luchas metalúrgicas de Villa Constitución. 1970-1976*, Buenos Aires: Desde el Subte.
- Basualdo, Victoria (2008), *Los delegados y las comisiones internas en la historia argentina. Una mirada de largo plazo, desde sus orígenes hasta la actualidad*, Buenos Aires: DGB Bildungswerk/Ebert Stiftung/CTA/Fetia.
- (2010), *Labor and structural change: Shop-floor organization and militancy in Argentine industrial factories (1943-1983)*, tesis de doctorado, New York: Universidad de Columbia.
- Brennan, James y Mónica Gordillo (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, La Plata: Editorial de la Campana.

- Camarero, Hernán (2005), "Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y sus relaciones con el PS durante la década de 1920", en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina: sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo, pp. 185-217.
- (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI Editora Iberoamericana.
- Ceruso, Diego (2010), *Comisiones internas de fábrica. Desde la huelga de la construcción de 1935 hasta el golpe de estado de 1943*, Vicente López, PIMSA-Dialektik.
- Doeswijk, Andreas (1998), *Entre camaleones y cristalizados: los anarcobolcheviques rioplatenses, 1917-1930*, tesis de doctorado, Campinas: Universidad de Campinas.
- Doyon, Louise (1984), "La organización del movimiento sindical peronista, 1946-1955", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 94, pp. 203-234.
- (2006), *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana.
- Gilly, Adolfo (1986), "La anomalía argentina", *Cuadernos del Sur*, n° 4.
- (1980), "Democracia obrera y consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia", en *Movimientos populares y alternativa de poder en Latinoamérica*, Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2004), *La estrategia de la clase obrera, 1936 [2000]*, Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Izquierdo, Roberto (2008), *Tiempo de trabajadores. Los trabajadores de la industria del tabaco*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- (1981), "Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina", *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 83, pp. 321-349.
- Lenguita, Paula (2009), "Gremialismo de prensa: el lado oculto de los medios de comunicación", *1º Congreso Nacional sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales*, Buenos Aires.
- Lobato, Mirta (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires: Prometeo/Entrepasados.
- (2002), "Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930", *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 6, Bernal, pp. 205-215.
- Löbbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Lorenz, Federico (2006), *Los zapatos de Carlito*, Buenos Aires: Norma.

- Montes Cató, Juan y Patricia Ventrici (2010), "El lugar de trabajo como espacio de resistencia a las políticas neoliberales. Reflexiones a partir de las experiencias de los trabajadores telefónicos y del subte", *Revista Theomai. Estudios Críticos sobre Sociedad y Desarrollo*, núm. 22, pp. 101-119.
- Nieto, Agustín (2011), "Activación obrera y democracia. Experiencias micropolíticas de un grupo subalterno: las obreras/os del pescado, Mar del Plata (1942-1966)", *A Contracorriente. Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, vol. 9, núm. 1, pp. 175-202.
- Pozzi, Pablo (1988), *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires: Contrapunto.
- y Alejandro Schneider (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera. 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.
- Schiavi, Marcos (2012), *La dinámica sindical durante los dos primeros gobiernos peronistas (1946-1955). El caso de las industrias metalúrgica y textil en la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Université Paris 8.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Tarditti, Roberto (2009), *La formación de la clase obrera. Alcances y límites de la organización sindical de los obreros de frigoríficos durante la presidencia de Yrigoyen. Las huelgas de 1917 y 1918 en Avellaneda*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Varela, Paula (2009), *Mundo obrero en la Argentina actual. La fábrica y el barrio como escenarios de prácticas políticas en el norte industrial del AMBA*, tesis de doctorado, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2009), *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.

* * *

Resumen: Este artículo se refiere al trabajo sindical de base impulsado por las corrientes políticas con presencia en el movimiento obrero entre 1920 y 1940. Abordamos como prioridad el análisis dentro de los sectores industriales dado su dinamismo y tendencia a preponderar en la estructura económica argentina. El texto consta de dos partes: la primera, un balance de los principales estudios sobre la organización gremial en la planta industrial; en segundo lugar, analizamos las estrategias y el desenvolvimiento de las diferentes expresiones de la izquierda: anarquismo, sindicalismo revolucionario, socialismo y comunismo. Los interrogantes recorren diversos tópicos como la forma de esta militancia, los orígenes, el peso en los sectores productivos, la influencia de las corrientes políticas, entre otros.

Palabras clave: movimiento obrero – izquierda – sindicatos – trabajo de base

Abstract: This article refers to the trade union representation in the workplace promoted by the political currents presents in the labor movement between 1920 and 1940. We approach as priority the analysis inside the industrial sectors in view of its dynamism and trend to prevail in the Argentinian economic structure. The text is divided into two parts: first, a balance of the main studies on the trade organization in the industrial plant; secondly, we analyze the strategies and the development of the different expressions on the left: anarchism, revolutionary syndicalism, socialism and communism. Regarding this matter, diverse topics are considered such as the characteristics of this militancy, its origins, the importance in the productive sectors, the influence of the political currents, etc.

Keywords: labor movement – left – trade unions – shop-floor organization

Recepción: 2 de mayo de 2012 – **Aprobación:** 30 de mayo de 2012